

LA PARROQUIA DE SAN NICOLÁS EN BURGOS.

En la calle de *Fernán González* frente á la plazuela principal de la iglesia metropolitana, se vé la puerta de la de San Nicolás de Bari practicada en el muro de su torre, dominando desde la rampa encumbrada donde asienta casi toda la población. De una capilla muy reducida sujeta al patronato de los conórgos, pasó á la categoría de parroquia en tiempo del obispo D. Juan Cabeza de Vaca, obligándose sus sacerdotes á censuar mil florines de oro cada año en el de 1403. Las familias mas distinguidas de Burgos, que hubieron contribuido con su voto á la adquisición de aquel estrecho recinto, su ministraron fondos para ampliarle todo lo posible, añadiendo las dos naves colaterales que insisten sobre unas columnas agrupadas aunque sencillas en su género. Los Maluendas, Cerezos, Villaran y otros feligreses ilustres adornáronlas con hornacinas sepulcrales mas ó menos suntuosas: empero

se reservaron los del apellido de *Palanco* la fundación y coste del altar cincelado en piedra, cuya copia toma hoy lugar en nuestro SEMANARIO.

Pocos ó ninguno de esos exploradores cosmopolitas que se nutren con las ilusiones de todos los pueblos, entrará en la iglesia de San Nicolás sin enajenarse al aspecto magnífico de aquella muchedumbre petrificada; de aquella legion romanesca; de aquel imponente club que á la sombra de frondosos baldaquinos medita el triunfo intelectual sobre la duda, evacuando influencias de reconvencción contra el cinismo filosófico que se resiste á acatarle. Sus vastas dimensiones; el número prodigioso de compartimientos donde otras tantas escenas se representan á la vez; la variedad de portadores que encierran: mil y mil caprichos admirables en su ejecución, y sobre todo encarecimiento delicados, conspiran simultáneamente á favor de la

época que nos recuerdan, sin irregularidad ó vicio alguno contrario á los principios del gusto; repudiado por la nobleza de las artes.

Los tres tableros que tienden de alto á bajo el retablo, se hallan dispuestos de modo que marcan sus líneas divisorias el contorno de varios senos que entrarán á subdividir después unas agujitas análogas á la suma innocuosidad de las cruces y doaeletes. Estos en número de doce, seis á cada lado del altar, son semejantes entre sí en cuanto á la forma, pero variando de detalles cada término. Siendo la primera un elipsoide con la convexidad razonable para dejar en claro-oscuro las imágenes que cobijan, permite voltear en arcos frente unas ojivas trilóbeas alrededor de las cuales resaltan varias aristas cilíndricas que se prolongan sobre el vértice de los arcos hasta el cerramiento de la umbela. Sobre la superficie de la línea exterior serpea un frondario bellissimo que produce de trecho en trecho algunos cogollos de hojarasca, á cuyo adorno corresponden los vástagos suspendidos en el vano ojival, á manera de silvestres enredaderas, que aumentan con sus entreflejidos filamentos la melancólica gravedad del conjunto. Unos ajimeces abiertos entre las recaídas de los arcos y la crestería que guarnece el área superior dan por resultado una vistosa filigrana que difunde los vislumbres de un tibio crepúsculo entre aquellas góticas asambleas. Todo es grave, todo predispone al alma para las abstracciones sublimes del cristianismo, bañadas en los destellos de una poesía llena de contrastes, que tiene su foco en las piadosas revelaciones de la antigüedad. Allí, al través del livido albor que platea suavemente el espacio, ó al través de la olorosa nubecilla que mezcla su violado—mate con el oro resplandeciente del sol; ó luchando con los temores é inquietudes que sublevan la idea de un Dios omnipotente y terrible ofuscando la vista con no sé qué especie de sombra formidable, descúbranse los personajes canonizados, cuyos antiguos y majestuosos ropajes elevan su grandeza, dibujando en nuestra exaltada fantasía generaciones que pasaron ya, episodios que no volverán á renacer. Allí la virgen del claustro; el guerrero tolerante; el pastor y el pontífice, sobriedad, abnegación, candor, inerceraciones y lágrimas, toda suerte de virtudes simbolizadas, por decirlo así, en los seres que constituyen la epopeya inmortel del calvario, reciben un mismo homenaje, como participando en común de un mismo apoteosis.

El obispo titular, que es la efigie de mayor tamaño, ocupa un nicho céntrico en el conuado de un arco florenzado, que intercepta el tablero preferente á la mitad de su altura. Dentro de su timpano hay cinco divisiones longitudinales, y cada cual contiene un par de urnas amparadas por umbelas de gran efecto, especialmente la de San Nicolás, y otras dos inmediatas que se cierran por medio de seis áirones desevueltos hacia afuera, como las hojas de un capitel corintio. Por encima de este arco, en la zona cuadrangular que limita la franja horizontal ó sea cornisamento del retablo, se ven diez y ocho coros de ángeles ordenados en rayos de círculo, que dirigen sus adoraciones á la Santísima Trinidad, sentada en el polo de aquella rueda simbólica aparentando coronar á la Virgen postrada en un grupo de nubes. Háse añadido por final de toda la obra una imagen del Padre Eterno circundado de ráfagas, cuyo carácter no desdice del antiguo, lo mismo que seis cimbanillos de madera y una doble crestería al declive semicircular de la bóveda labrada en el siglo XVIII con inteligencia y reflexión.

No pasaremos en olvido, antes bien recomendamos á los artistas las urnas del solabanco, destinadas á la pasión del Señor, excepto las de ambos extremos en que, según la gótica usanza, eran arrodillados los devotos fundadores bajo la salvaguardia de unos ángeles mancebos que llevan petros en la mano: otros sustentan los escudos nobiliarios cual se repiten en igual forma en muchos otros puntos del altar.—Ya que de su zona ó sección inferior nos ocupamos, séanos permitido reprobar con la buena fé, de nuestras críticas, un tabernáculo de madera que el celo de los señores párrocos ha hecho fundar sobre el nivel de la moldura central, velando sus preciosas entalladuras

con un accesorio, que sin perjuicio del uso venerable á que se halla destinado, pudiera haberse reducido á la planta octógona y construcción piramidal, incomparablemente mas susceptible de ornato y de rasgos ingeniosos que los áticos greco—romanos, y esas rotundas sin carácter con que el campo arqueológico profanan los carpinteros de nuestros días. Otra lijereza censuraremos, respetando la ocasión que haya podido motivarla; y es el haber levantado el pavimento del presbiterio hasta soterrar la mitad de los fuellos colaterales, dignos del mayor eslojo, rebajando por otra parte la esbelta de los arcos, pues que roba al altar su basamento imprimiéndole la mas lastimosa deformidad. Estos monumentos fúnebres ostentan el lujo maravilloso de su ornamentación ojival, no careciendo de cresterías, franjas, conopios y estatuitas que en uno representan la adoración de los Magos y en otro la Anunciación acompañada de dos ángeles, tañendo instrumentos armoniosos. Duermen sobre la losa sepulcral aquellos Polanco bienhechores con los rostros y manos de alabastro, y de pizarra las vestiduras mortuorias. Angeles con tónicas descendiadas y ondulantos rizados sostienen al fondo las inscripciones que á continuación ponemos. Dice así la primera.

*Nobilis vir Gonzalvus Lopis de Polanco, atque conjux Leonora Miranda, hujus sacri primarique altaris vinctores, hac tándem exquiescunt; qui ecclesiam hanc honestis redditibus fulserunt; obiit ille anno 1505; haec vero 1503 (1).*

Segunda al lado del Evangelio:

*Noobilis vir Alfonsus Polanco cum consorcio Constanza Maluenda, rebus humanis exempti, hac sacra contempunt. Migravit ille anno 1490; haec 1520 (2).*

En la columna mas próxima al sepulcro del lado de la epístola, cuelga un tarjeton con la estatua ecuestre de Santiago por encima, y orillado de merlones y grotescos. Léese allí esta noticia que se sigue:

*Debajo de la piedra de jaspe que está en el suelo yacen los cuerpos de Gregorio de Polanco, regidor de Burgos, y de Dona Maria de Salinas, su mujer; falleció el 8 de Noviembre de 1552; y ella á 22 de Mayo de 1564. Fue el dicho Gregorio de Polanco hijo de Gonzalo Lopez de Polanco, fundador de este altar mayor, y nieto de Gonzalo Lopez de Polanco, que estan enterrados en este arco, y en la sepultura junto á él, como parece por los letreros; y biniendo de Juan Lopez de Polanco, que está sepultado en el lugar de Polanco, que es en Asturias de Santillana, donde es su naturaleza, en un arco de sus antepasados, en la capilla mayor de la iglesia de Sant Elieos.*

Otras memorias omitimos por difusas, y tres epítafios que designan la propiedad de unos sarcófagos de pizarra, embebidos bajo una hornacina en la pared septentrional de la iglesia, siendo muy difícil su lectura por haber gastado la humedad los caracteres y borrado muchas abreviaturas de suya complicadas y enigmáticas.

No lejos de estos enterramientos obsérvese un retablo, que, si bien como churrigueresco es mezquina, ofrece una colección de pinturas en tabla, muy propias para estudiar los trajes aristocráticos de la edad media, rindiendo un nuevo tributo de sorpresa á sus modeladores incansables. El andén ó baranda del coro, y los medio-puntos en que descarga son ejemplares escogidos, y asimismo un arco atravesado de pilar á pilar en el fondo de la nave mayor lo es por su atrevida tensión, el del baptisterio por sus labores pintorescas, y en su esilo del renacimiento otro que detrás de un retablo de madera pin-

(1) En este túmulo yacen el noble varon Gonzalo Lopez de Polanco y su mujer Leonora de Miranda, fundadores de este altar, los cuales enriquecieron con pingües donaciones esta iglesia, y murieron él en 1505, y ella en 1503.

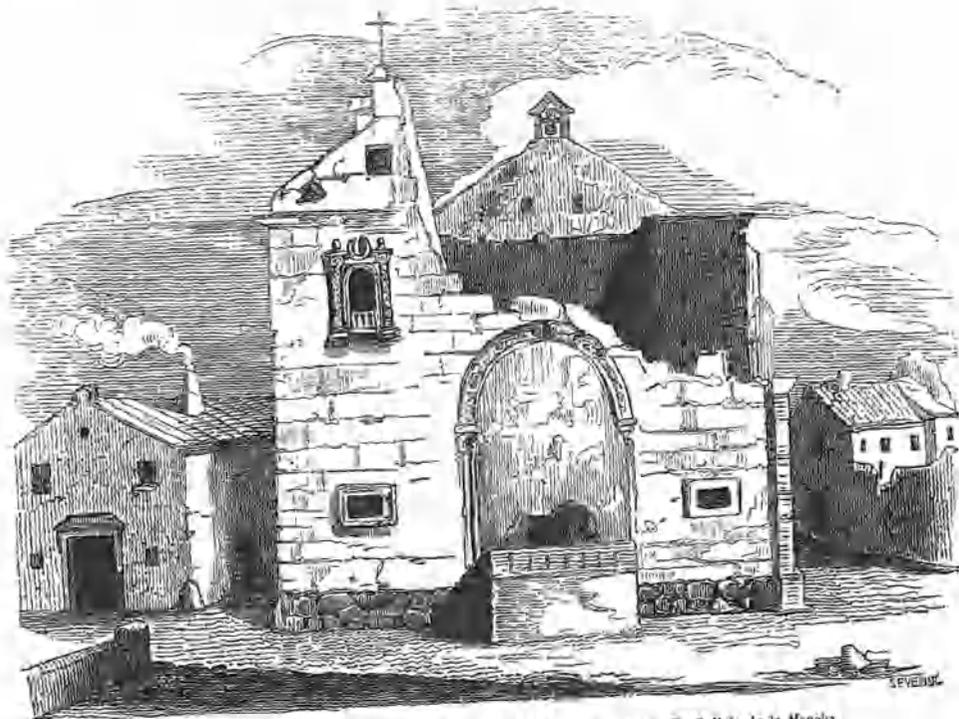
(2) Bajo de esta losa descansan el noble varon Alfonso de Polanco y su mujer Constanza Maluenda. Fallecieron el primero en 1490, y la segunda en 1520. El P. M. Florez equivocó las fechas de este óbito, suponiéndolos cien años mas antiguos.

tada deja ver unas columnas lindísimas, y á duras penas el fronton cuajado de adornos, parapetándose en el malhadado cornisamento y sus jarrones etruscos.

Si apreciamos, pues, en su justo valor las bellezas arqueológicas que entretienen nuestra atención y la atención de los suscritores á nuestro útil repertorio nacional, repertorio que la posteridad consultará á no dudarlo como único testimonio de nuestros adelantos primitivos; si por un sentimiento de amor á los artísticos trofeos que en el suelo castellano subsisten á despecho de las vicisitudes destructoras que todo lo desquician y arrebatan, queremos aun hacer

orientación de poderosos, y preguntar á la religión de nuestros héroes, que cobiza tanta riqueza bajo la custodia de su culto, donde llevaremos al extranjero que la desconoce y nos la niega, téngase presente que la parroquia de San Nicolás, poco frecuentada por los curiosos y menos si cabe por los conocedores del mérito respectivo de las cosas, es una de las páginas brillantes que componen la historia del honor burgalés: de esa historia llena de unción y colorido, que los siglos y las sucesivas peripecias de los siglos van arrollando en su curso.

RAFAEL MONJE.



Vista de la plaza de Argamasilla de Alba, patria insignia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

## UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE

ARTICULO II.

Venia entrando el sol por los medios del horizonte y la tierra seca con los ardores del estío, comenzaba á *hercir*, según la enérgica expresión de los segadores: el viento había plegado sus alas, y las plantas y los árboles humillaban sus hojas cubiertas de polvo; dejamos pues la venta con sus tristes y agradables recuerdos y sin temor á lo emboscado del terreno emprendimos á campo travieso siguiendo la dirección del S. E.

Una legua anduvimos angosta como la que menos: pero larga como la que mas, y cuando ya el aliento me faltaba y el sudor caía á torrentes por el encendido rostro dimos vista á un vallecillo breve cual todas las dichas de la vida, mas tan solitario, fresco y umbrio que al jardín de un oriental palacio se asemejaba. Tres alcoves sombreados de encinas, alfombrados de anebros, jara y oloroso romero rodeaban aquel voluptuoso apartamiento de los montes y al pié de la más gallarda de las colinas, al amor de dos blancos pobos murmuraba una fuentequilla que se derramaba en un reducido lecho de menudísimas quijas de co-

lores cercado por una corona de musgo y mastranzos: tan cristalina y trasparente era la superficie de aquel nacimiento, tan verdes sus márgenes que compararse pudiera con un espejo de acero por marco de esmeralda guarnecido.

Con el regalo de las aguas el valle era una pradera y las violetas andaban entre la grama alteruando con las palmecadas hojas de sus hermanos los lirios. En tan ameno lugar reposó D. Quijote después de haber buscado inútilmente á la pastora Marcela; allí amo y mozo dieron saco á las alforjas y sin ceremonia alguna comieron en buena paz y compañía, lo que en ellas hallaron. Nosotros imitamos á los héroes de la entretenida historia de Cide Hamete Benengeli y con mejor fortuna, pues no hubo villanos arrieros de Yanguas que nos moliesen á palos por la incontinencia de nuestros rocinautes, si bien hablando en razón, esto era algo difícil porque yo viajaba á pié. Reposada la fatiga, satisfecha el hambre, tomamos á brutes grandes sorbos del manantial que la Providencia nos había deparado y orecidos los alientos, exaltada la imaginación con la poesía del lugar empezó la risa á retozar en mis labios recordando el deseo de refocilarse del casto rocín del caballero de la triste figura, la noble valentía del andante, la furia con que escudero y señor fueron machacados por las rústicas y enojadas manos de los yangueses y aquel graciosísimo diálogo

que con tono aminorado y doliente inauguró Sancho con la célebre frase de—«Señor D. Quijote? ah! Señor D. Quijote!» con todo lo que allí se sigue capaz de hacer perder su compostura y gravedad al más hipócrita de los graves.

No sin frísteza abandonamos el ameno valle, y con mas desaliento seguimos la incierta ruta, pues razon no medaban de la quebrada y el monte donde acontecer pudo la aventura del pastor Crisóstomo. Dejé pues en libertad al manchego ladino que me guiaba y bien pronto me hallé sin saber cómo (porque otros pensamientos me ocupaban) en camino trillado y carretero.—Serian las dos, la fuerza del sol no habia decaído un punto.

Una ligera neblina del color del hierro candente velaba los últimos términos del horizonte que cambiaba á cada paso como en todas las travesías de montaña, las rocas reflejando el calorico enviaban corrientes de fuego semejantes á los alientos de un hornillo de fundir, las leves plumas que los jilgueros dejan perdidas entre las ramas de los alcornoques no se movian, la arenisca tierra de la senda quemaba y tan profundo era el silencio de aquellas soledades que solo puede compararse con el que sobreviene en el Océano durante las grandes calmas.—Tambien tiene algo de bello y terrible este espectáculo canicular en que la tierra como una doncella enamorada parece que tiembla y se enciende bajo la impresion del ardiente beso del rey de los astros.

Tales reflexiones hacia yo, cuando al torcer de un recodo, sobre la derecha mano vi sobresalir allá en la hondura la copa de un ciprés. Su tronco estaba socavado, sus ramas desgajadas y su verdura no ostentaba aquellos tallos amarotados inequívoca prueba de la lozanía de estas plantas: todo en él daba señales de maligna vejez. Tomé el sendero que conducia hasta el sitio donde su tronco tenia asiento y el suelo estaba cubierto de astillas, porque unos leñadores acababan de cortar otros cuatro cipreses que antes daban compañía al que ahora descollaba solitario.

La melancolía de aquellos lugares, la quebrada que á la izquierda se veía, el tajo cortado al pié del cual alzaba su copa el ciprés que allí me habia atraído me hicieron recordar la galana descripción que trazó Cervantes en su GALATEA del sepulcro del pastor Meliso (1) y de conjetura en conjetura dije para mi sayo.—«Puesto que estos cipreses dan tan señaladas muestras de antigüedad, ¿quién sabe si al verlos el donoso autor del Quijote tendria la inspiracion de la historia lamentable del pastor Crisóstomo? ¿No pudo existir en aquellos tiempos alguna tradicion sobre estos solitarios compañeros de los sepulcros que sirviese de provecho á nuestro insigne novelista?» Ello es cierto que conviene la topografía (con ligera diferencia) á la descripción de nuestro poeta y que las cabras que trepan en los vecinos collados confirman algun tanto estas suposiciones, puesto que el comienzo de la historia de Marcela está en boca de cabreros.

Recobramos el camino sofocados con la sequia. Esparitaria (2) llamaban los antiguos á estas tierras; pe-

ro los árabes con mas razon le pusieron *Mansa* (1) que si mal no entiendo, es como *tierra seca* pues bien vale el agua por estos montes mas cara que el vino y los aires si algunos corren se asemejan mas al *simon* que á la fresca brisa de las vegas andaluzas. Entreteniéndola sed con el andar y lo escabroso del camino, llegamos al fin al *Portus lapidum* de los antiguos despues de dejar atrás las malas canteras que le valieron este nombre convertido por la corrupcion en Puerto Lápice.

Las VENTAS así llamadas estan en la carretera que de Madrid conduce á Andalucía y sino miente un editor famoso distan quince leguas de Aranjuez y veinte y seis de Bailen. Situada en el puerto que forman las cordilleras que ocupan el centro de la curva elíptica trazada por la union del Giquela y el Valdespino, rodeadas de colinas con bosque; son el teatro mas á propósito, como decia D. Quijote, *para meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras*; y por tanto tienen esto los bandoleros de todos tiempos que apenas se anda por aquellas tierras una vara sin oír trágicas historias de la última guerra, robos, violaciones, sopresas, acometimientos, incendios, crueldades inauditas y batallas. Mas en los tiempos á que me refiero solo acontecia de vez en cuando que saltasen la diligencia, que asesinasen á los pasajeros solitarios y que hiciesen auto de fé con la correspondencia pública y como esto es lo ordinario y rutinario ibame yo sin cuidados ni temores.

Tomé asiento en el gran mazon que ocupa el centro de la calle real y despues de *comer caliente* busqué reposo y sueño en un mal catre de lienzo con dos apelmazados colchones endurecidos; mas otra cosa quiso mi mala estrella. Habíanse reunido aquella noche como si llovidos fueran en la vasta cocina de la posada, cuatro estudiantes de la tuna, tres de los cuales eran descabezados rapistas, un cedacero con gran provision de sonajas, cuatro alegres napolitanos, calderero el uno y *santi bonito* los otros, dos pañeros de fortuna, un abaniquero de viejo, dos gitanos cantadores de la viña de Cádiz, y un respetable coro de mayores y mozos que así destripaban un zaque de vino y rascaban el vientre de una vihuela ó de un tenor malagueño, como entonaban por el eco de los *panes calientes*, y de la castiza seguidilla manchega. Luego que esta buena genté tomó luz con los tragos, aliento con la cena, premáticas con el gusto y licencia con el frescor y silencio de aquella noche veraniega armaron tan condenado desconcierto que vino mi descanso á tierra y mi tranquilidad de cabeza. Sin dar treguas desperté á mi buena guía y salí aturrido de las ventas bulléndome por largo tiempo aun, el repicar de las sonajas, el tintín de las barillas, el crujiir de las guitarras, el martilleo de las calderas, el silvar de las flautas, el zapatear de uno, el palmotear de otros y el gritar, ahullar y entonar de todos que al baladro de cien alimañas se parecia.

Son apacibles las dos leguas que hasta llegar á Villalta auduvimos aunque las mal secadas lagunas que por aquellos llanuras se estenden despiden vapores letidos é insanos. Al comienzo de ellas aconteció la desesperada batalla del vizcaino interrumpida por

(1) Libro VI pág. 3.—Cervantes dió este nombre orótica, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos á Hortano de Mendoza.

(2) Crónica del Rey D. Jaime, cap. XVIII.—Crónica general,

parte I, esp. VII.—Covarrubias *Tetoro de la lengua castellana* fol. 533 vto.

(1) *Historia del Rey D. Jaime I*, lib. XV, cap. X.

Cide Hamete en el punto más dudoso é intrincado y la arremetida contra la gente endiablada y descomunal de los frailes Benitos. A la vista misma del puerto sufrió uno de los referendos o saqueo de Sancho y este los malos tratos de los robustos mozos de los padres y poco mas allá hincó la rodilla, asió y besó la mano de su Señor demandándole el gobierno de la insula que acababa de ganar cuando el buen caballero sacó por despojos de tan reñida aventura una oreja menos y un hombre derribado....

Y al referirte, lector carísimo, como si fuesen históricos y no de poética inventiva estos hechos, vive Dios que imité á aquellos *nocentes* académicos de Troyes que intentaron remitir á un su compañero para que tomase noticias del pastor Crisóstomo y buscarse en el Escorial el manuscrito árabe original de Cide Hamete, traducido por Cervantes. (1) Pero en aqueños era tontería de Academia y en mí, como ocasión tuve de decírtelo en el anterior relato, todo es puro entusiasmo y si quieres, *racional* manía de comentar....

Dejemos á Villalta con su repugnante pobreza, con sus crueles mesoneros; y saltando por algunos incidentes, y acortando distancias, asomad conmigo por el campo de Montiel. Al llegar á la vista de aquella estendida y poblada llanura, apenas habia el rubicundo *Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las adoradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los paqueños y platados pajarrillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonia la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del receloso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraban*: las cúpulas y tejados de los pueblos y caseríos comenzaban á enrojecerse al par que las colinas envueltas entre la azulada bruma, el llano sin fin vestido de lijeras nieblas se asemejaba al mar y las blancas rayas de los caminos carreteros á la Estela arjentada que dejan sobre las olas los barcos con su quilla: los innumerables molinos de viento que coronan las suaves colinas movian sus espas semejantes á un ejército de endriagos tan feroces como los creía D. Quijote; pero en aquella vasta soledad olvidé la vida y hechos del ingenioso hidalgo, porque mas tristes recuerdos me asaltaron. Frente de mis ojos se alzaban las sombrías ruinas del Castillo de Montiel y al pié el campamento donde fué traídoramente asesinado un gran rey para su tiempo, un desgraciado á quien la poesia y la tradicion han rehabilitado contra la injusta crónica de sus enemigos, el rey D. Pedro I, de Castilla que segun los antiguos romances.

Unos dicen que fué malo  
y los mas que justificó  
que el rey no es cruel si nace  
en tiempo que deba serlo.

Mas á lo lejos divisaba tambien las humildes casas de la Torre de Juan Abad, donde enfermó de muerte D. Francisco de Quevedo Villegas ingenio peor juzgado que Cervantes y de tan elevadas dotes que admiran al que todos sus escritos detenidamente considera....

(1) Si no estuviéramos acostumbrados á semejantes y mas crases errores de nuestros vecinos los franceses, nos parecería inverosímil tanto disparatar y tanta ligereza: en confirmacion de lo arriba dicho véase el tomo 2.º pág. 1.ª y 1.ª de las *Memorias de la Academia de Troyes*.

Avistamos á Argamasilla de Alba patria de D. Quijote, y tan insigne lugar asunto nos ha de ofrecer para el tercero de estos artículos.

J. GIMENEZ-SERRANO.

## EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

V.

EL CAMARERO DEL REY.

(Continúa.)

Durante el verano de 1484 fué el Rey D. Juan á residir á Setubal, ciudad hácia la cual manifestó siempre una particular predileccion. Los habitantes hicieron á su entrada grandes demostraciones de regocijo. Ningun rey ha habido mas querido de su pueblo; porque ninguno tampoco declaró una guerra mas obstinada á los grandes ni favoreció tanto á los pequeños. Principe audaz y celoso del mando supremo, D. Juan el II era semejante al huracan que arremanca y derriba los elevados pinos, las añosas encinas de las vertientes de la montaña, y agita apenas la yerba rastrera que crece en el fondo del valle.—Pasóse, pues, todo aquel dia y aquella noche en fiestas y regocijos con grande contentamiento del Rey.

Maese Blas, barbero de la corte, la habia seguido siempre desde que terminara el luto por D. Alfonso V. Era el maese muy querido de Anton de Faria, camarero y valido del Rey, y por eso todos le trataban con cortesía: muy diferente, sin embargo, de Oliveros el Dain, barbero y privado de Luis XI de Francia, nunca habia aspirado al vallimiento de Don Juan II, ni su ambicion puso nunca la mira tan alto, satisfaciale estar bien quisto con el camarero, y esto sin duda le salvó de bailar en la horca, como le aconteció al rapador francés; tan positivo es que los validos son como los surfidores; lamaño es el tumbó que dan como la altura á que desde tierra subieron.

Maese Blas dió, pues, con sus huesos en Setubal. La tia Inés, su cara mitad, se quedó en Evora; y el buen barbero, libre de ella, gozaba de la vida; de la vida, que, segun dicen los casados, se renueva de todo punto (cuando acaecen estas separaciones) para aquellos maridos, cuyas carisimas consortes son afables y cariñosas por el estilo de la señora Perez; esto es, halagan con bofetadas, sonrien con sofiones, piden con gritos, consuelan con denuestos y acarician con arañazos y dentelladas.

Hallábase maese Blas tan á sus anchas que no se encontraba; viéndose desocupado y contento quiso aprovechar la ocasion y empezó por hartarse de dormir.—Cuando ya hacia unos dias que estaba en Setubal, pensó en salir á ver las cosas notables de la ciudad, y enderezó sus pasos hácia aquella parte de la playa que recibe el tributo de las aguas del Sado. La brisa del mar templaba el ardor de los rayos del sol, tan ardiente en nuestros climas meridionales.

Fernán Martín Mascareñas, capitan de la guardia y de los ginetes del Rey, se paseaba á la sazón tambien por allí, á la sombra de las espesas arboledas que por aquellas playas se extendian entonces. No bien le divisó maese Blas, se epicaminó hácia él con ánimo de trabar conversacion; pero antes que el barbero le alcanzara acercóse á Fernán Martín un ballestero de la guardia y le dijo unas palabras al oido. Este echó á andar inmediatamente hácia el alcázar donde moraba D. Juan II.

—No se puede ser cosa alguna de la casa del Rey, gruñó el barbero: no hay en ella momento de descanso: dígame sino Fernán Martín que le he oido que marcharse á toda prisa, ahora que tal vez estaría él deseando departir conmigo un rato!—Pero, en fin, má-

ñana es la procesion del Corpus y todo anda, con este motivo, revuelto de arriba abajo; pasado mañana podremos al menos conversar con los amigos.

Dicho esto, maese Blas dió la vuelta para el interior de la ciudad: llegó á la plaza llamada de Jesus, y se detuvo en la calle de la Anunciada; estaban ya las ventanas cubiertas con ricas tapicerías de seda, y las paredes forradas de paños de raso de maravillosas invenciones y labores; en unos estaban pintados varios caballeros con sus divisas y colores, y con letras por debajo que decían: «Como el caballero Absalon cayó en caso de traicion contra su padre el emperador David y le armó guerra.» Mas delante se veía á Absalon colgado por los cabellos del tronco de un árbol, y detrás de él un caballero que le atravesaba con una lanza, y que tenia al pié este letrero: «Como el caballero Absalon fué muerto miserablemente.» En otro: estaban bordados los desposorios de la Virgen con San José, y por encima se leía en letras altas y mayúsculas «De como el obispo de Jerusalem dió la bendicion de conyugal union á la Virgen Maria.» Colocados al lado de estos se veían otros tapices, que cubrían varias fachadas de casas, y en los que estaban representados diversos pasages de la crónica de Amadis de Gaula y de la del emperador Vespasiano y de sus altas caballerías.—Maese Blas estaba embobado con aquellas pinturas, que eran los periódicos populares de aquellos siglos, en que los hechos históricos, sagrados y profanos, se mezclaban y confundían bajo una forma única, la caballería.

Las calles empolvadas y sin ampedrar en aquella época, habían sido harridas, y estaban atestadas de espadañas, cañas verdes, ramas de pino, ruero y mastranzos. Por algunas rejas y ventanas, cuyas celosías medio levantadas formaban como toldos á lo largo de las tapias, veíanse á las mugeres asear y enchar los húcaros y fallos de Estremoz que colocaban en buen orden en la cantarera recién blanqueada; y con sus mandiles ó cortinas listadas, otras acababan de bordar sus gorgueras blancas como el ampo de la nieve, labeadas de hilo negro y encarnado, ó sus tocas del mismo color con las que habían de envolver donosamente sus trenzas al día siguiente.

En las tiendas de los allagemes ó espaderos se pulían y lustraban espadas; en las de los armeros se doraban yelmos y se azulaban arneses; no se veían en los balcones de los sastres mas que calzas de colores, cinturones de seda, ropillas de telas esquisitas compradas en la feria de Samajo, pellotes al estilo de España; en fin, toda especie de trajes costosos.

Maese Blas andaba como alelado; no porque aquel espectáculo fuese nuevo para él, sino porque suponía, como toda la gente, que su villa natal era la mas peregrina ciudad del orbe, y que fuera de Evora no era humanamente posible que hubiese riquezas, primores y buen gusto. Empero engañábase; Setubal era mucho mas rica; el comercio florecía allí en su mas alto grado; sus habitantes, marineros activos, cubrían los mares con sus navíos que eran descados en los puertos de mayor tráfico del Mediterráneo y del mar Océano; allí fué donde D. Juan II, muy inclinado á las empresas marítimas, artilló las primeras carabelas que en Portugal se vieron armadas de bombardas. Setubal, en fin, era en aquella época una de las mas abastecidas ciudades que en el reino había; y esto era lo que maese Blas, que no entendía maldita la cosa de comercio, no podía comprender.

Al caer la noche se recogió el maese á su posada, que era su palacio, y echóse á dormir. Sus sueños fueron dorados, pero estrambóticos y raros como las variadas escenas que se habían presentado á sus ojos durante el día. Absalon, el obispo de Jerusalem, Vespasiano, Amadis, Lisuarte, Fernan Martinez, caballeros, ballesteros, dueñas, doncellas, pasaban por delante de los ojos de su alma, en posturas diversas, haciéndole visages, gestos y ademanes, ora de escarnio, ora de carino, veía fiestas, torneos, momos, combates, y todo esto lo hacía reir, hablar, bracear, semir y gritar en medio de sus estrepitosos y acrobáticos ronquidos, hasta que despertó y esfregán-

dose los ojos, vió que era ya día claro. — Echóse al punto fuera de la cama, y no bien había acabado de endosarse el pellote, oyó sonar la aldaba de la puerta; era un page que venia á buscarle de parte de Anton de Faria.

El barbero echó manos á las herramientas de oficio, y emprendió su camino detrás del page hasta el cuarto del camarero que le esperaba ya sentado en una ancha poltrona de baqueta con chapas doradas; salióse el page y maese Blas se quedó á solas con el valido del Rey.

Comenzó el barbero su tarea, deshaciéndose por hablar, pero Anton de Faria estaba taciturno y parecía entregado á profundas meditaciones; á fin de sacarle de su éxtasis, el barbero tosía, escupía, soltaba la navaja para sonarse; mas el descortés valido hacia oídos de mercader al estrepitoso catarro de maese Blas, que en verdad no podía atinar con la causa de la mudex de Anton de Faria, el cual para el maese, y tal vez solo para él, era el hombre mas comunicativo del mundo.

Por fin no pudo contenerse mas; tosío y dijo en voz alta y pausada.—Maldita tos!

El valido volvió los ojos hacia él, y como quien despierta de un letargo, exclamó.—Ah! Sois vos, maese Blas!

Costóle trabajo al barbero no soltar una carcajada al oír aquello.—Buena es esta!—dijo para sí.—El privado perdió el seso, ó lo que entiendo; ni siquiera ha sentido la navaja en la cara! Pues ella no debe estar de lo mas suave; porque há dias que no ha oido la piedra.

Y las sangrientas pruebas, de que la reflexion del barbero era exacta; estaban grabadas en las mejillas y quijadas del buen valido Anton de Faria.

Si señor; contestóle el barbero en alta voz, — que aquí he venido por orden vuestra á hacer mi oficio.

—Teneis razon; — y ¿qué nuevas traéis, maese Blas?

—Ninguna; á no ser los grandes preparativos que con motivo de la procesion se disponen en la ciudad. A fé que nunca vi tanto primor de galas y tapices en el día de hoy; de mas de treinta Corpus Cristi me acuerdo, y de todos pudiera hacer la relacion exacta; el primero que alcancé fué en tiempo del infante D. Pedro, el que coronó á Doña Ines despues de muerta.

—Pero decidme, maese Blas; ¿no oísteis ningun rumor por la ciudad acerca de alguna cosa que debe de suceder hoy?

—Nada absolutamente, nada.

—¿No corre entre el pueblo la voz de que los nobles quieren dar hoy muerte á su Alteza que Dios guarde?

El barbero dejó caer la navaja al suelo, y retrocedió cosa de una vara, lleno de un horror indecible.

Anton de Faria clavó en él los ojos. — ¿No oísteis decir nada de esto?

—Juro por esta (aquí besó el barbero los índices de ambas manos, cruzándolos sobre la boca); juro por la salvacion de mi alma que nada de eso he oido.

—Dolor de hijada os sofoque! gritó Anton de Faria, dando con el pie en el suelo y estallando de cólera.— Solo saben ir á esparcir por el pueblo aquello que no debe saber, y lo que conviene que se le revele, lo callan bien callado. Pues sabed, maese, que los nobles concertaron negra y escondida trama contra la persona del Rey, y que por repetidas veces han intentado acabar con su vida por medio de hierro ó ponzoña; y que viendo hasta ahora frustrados sus abominables planes, han resuelto matarle en medio de la procesion. Pero se engañan los traidores! El Rey irá, que no los teme. Un arcabucero escondido en una casa, debe disparar sobre su altura, cuando los hidalgos se inclinan á coger sus bastones que dejarán todos de atemano caer al suelo, y esta es la señal convenida; mas cuando ellos se inclinaren, el Rey se inclinará tambien, y á parte de eso el traidor arca-

bucero habrá ya á ese tiempo dejado de existir. Los nobles creerán que un accidente imprevisto ha desbaratado su plan; y que están seguros; empero de aquí á tres meses, la cabeza de los conjurados estará sirviendo de estorbo en los infiernos; y las demás no tardarán mucho en poderse apilar con ellas.

Anton de Faria pronunció estas palabras con un furor comprimido, y el barbero inmóvil y atónito le escuchaba con ojos espantados y la boca entreabierta. El valido prosiguió.

—Acabad de raparme, y marchaos. Podéis decir á todos que hoy quieren asesinar al Rey; pero silencio! acerca de quien os lo ha dicho, y de que se tiene noticia de los planes de los traidores; si

os place la luz del sol, poned freno á vuestra lengua.

Maese Blas terminó su faena; la gana de hablar se le pasó repentinamente.—Acabada la obra, despidiéndose con voz sumisa de Anton de Faria, y se metió en su aposento.

De allí á un par de horas, corría por Setubal un rumor vago entre las gentes del pueblo, de que se quería atentar contra la vida del Rey en el solemnísimo acto de la procesion del Corpus. Nadie supo decir cómo aquel rumor se esparció; empero maese Blas había salido de palacio, como cosa de tres horas antes que empezara la funcion.

ISIDORO GIL.

(Continuará.)

## POESIA.

### LA VIDA EN LA ESPERANZA.

#### I.

En las riberas frondosas  
que ciñe el Guadalquivir  
con lagos de adelfa y rosas,  
que allí, brisas deliciosas  
hacen eternas vivir:

Entre sus verdes nogales  
se eleva una blanca quinta  
de labores orientales,  
cuyas torres majestuosas  
el río en sus hondas pinta.

Un tiempo por su grandeza  
fue Alcazava de los moros;  
hoy, derruida fortaleza,  
solo guarda una belleza,  
y del amor mil tesoros.

Pues juntos pueden caber,  
todos los que oculta amor,  
en la divina muger,  
que con el nombre de Ester,  
era un ángel del Señor.

Dicen que nació en Sevilla,  
en dote y belleza igual;  
y que se tuvo en la villa,  
su beldad por maravilla,  
por portentoso su caudal.

Un hidalgo portugués,  
mas orgulloso que hidalgo,  
con mas que orgullo interés,  
debió de terciar en algo  
con su padre D. Andrés:

Que una carta de él tenía,

en que el buen viejo, en verdad,  
conspirador parecía,  
porque de su patria un día  
lidió por la libertad.

Y el portugués, con traicion,  
juró no hacer delacion  
de tal carta, si por ella,  
le entregaba el corazón  
de tan honesta doncella.

Y esta, enamorada y pura  
en memoria de su madre,  
sacrificó su ventura;  
y él vendió su hermosura  
por el honor de su padre!

El pobre anciano salvó  
su buen nombre; pero al fin,  
entre congojas murió;  
que nunca se consoló  
de darla esposo tan ruin.

Y en sus últimos momentos,  
tardios remordimientos,  
le desgarraron el alma;  
y del maritrio la palma  
le alcanzaron sus tormentos.

Aun no ha llegado á olvidar  
la pobre huérfana Ester,  
las que le oyó murmurar  
voces de gran padecer,  
en el punto de espirar:

«Hija idolatrada mía,  
«perdona á tu padre anciano:  
«él por tus ojos vivía,  
«y él eclipsó con su mano  
«de tus ojos la alegría!

«Comprendo bien los dolores  
«que atormentan tu pasión;  
«pues siendo vírgen de amores,  
«tienes que dar tus favores

«al que odia tu corazón!

«Miserable orgullo ha sido  
«el que así me ha deslumbrado;  
«por falso honor, he creído  
«que con un limpio apellido  
«queda siempre el pecho honrado.

«Pero hoy miro con desden,  
«de la muerte en los umbrales  
«que el honor que otros nos den  
«no nos hace hombres de bien  
«sino las prendas morales!

«Y ahora, esfuerza que me asombre,  
«como nací tan vil hombre,  
«que atendiendo á mi opinion,  
«por ver entero mi nombre  
«desgarré tu corazón!...

«Perdóname, Ester querida,  
«para que Dios me perdone.  
«Eterna es mi despedida!  
«yo haré que Dios te corone  
«el martirio de tu vida.»

Esta queja dolorosa,  
el tierno padre, al morir  
dirigió á Ester, que llorosa,  
olvidando que era esposa,  
quiso amante sonreír.

Cadáver era el anciano,  
cuando de él alzó sus ojos,  
y cuando un hombre inhumano,  
la arrancó con muda mano  
de sus calientes despojos.

Pocos momentos despues,  
moribunda de dolor,  
cayó rendida, á los pies  
del altivo portugués  
su esposo y fiero señor!

#### II.

Pasan de nuestra vida los deliciosos días,  
cual la memoria dulce de un sueño encantador;  
pero las horas tristes de duelo y de agonías,  
se arrastran lentamente; son siglos de dolor.

Ester, huérfana y sierva, lamenta solitaria  
las que perdió risueñas horas de libertad;  
y en amorosas quejas, tiernísima plegaria  
inmatura, reclamando del cielo la piedad.

Blanca paloma, presa entre los rudos lazos  
del que rompió su nido, astuto cazador;  
vierte amorosas lágrimas, del corazón pedazos,  
porque aborrece al hombre que la reclama amor.

Bajo las duras rejas de un tenebroso encierro  
vive en prisión perpetua la jóven celestial;  
y aquel pardo castillo, gigante del destierro,  
la forma con sus muros sepulcro funeral.

La luna misteriosa, partida entre las rejas  
de su desierta estancia, la envía su fulgor;  
y amantes los luceros, por conectar sus quejas,  
se miran en sus ojos, estrellas del amor.

Las nubes susurrando, entre revueltos giros,  
recogen los mas suaves aromas del jardín,

cambiando sus perfumes, por el de los suspiros  
que salen de los labios del casto serafín.

Los pálidos vapores, que en grupos tenebrosos  
arrastra hácia su torre la negra tempestad,  
se rasgan en la flecha, y vagos y medrosos  
figuran al romperse, hadas de caridad.

El río, que el cimbuerto de la soberbia torre  
acaricia, temblando con lúgubre rumor,  
por acurrullar sus penas, apresurado corre,  
y socavar pretende del muro el espesor.

La errante golondrina, que cruza del espacio  
la azul region, buscando su nido tutelar,  
huye el vergel umbroso, y el colosal palacio,  
y en su ventana oscura las ramas va á colgar.

Y en desiguales trinos, consuela los dolores  
de la infeliz doncella que, con ingenuo ardor,  
cubre su amante nido con inocentes flores,  
y á sus hijuelos tiernos con lágrimas de amor.

Ella, infeliz esposa, en sus males prolijos  
jamás de la ternura gozó el sublime afán;  
ni nunca será madre de cariñosos hijos,  
que en su regazo, humildes, su frente adornarán.

Ni sentirá el aroma, en su anhelante boca,  
de los ardientes besos de entusiasta amador;

al despertar de un sueño, en que rendida y loca  
la desmayó el exceso de un inocente amor.

Su esposo adora en ella el virginal perfume  
de una entusiasta jóven, hechicera muger;  
y voluptuoso y torpe, por ella se consume  
en la pasión hastiada de un lúbrico placer.

Comprada su hermesura, gozó de sus amores  
con ansia vergonzosa, con torpe frenesí;  
y desgarró villano las virginales flores;  
y desdeñó la planta después lejos de sí!

Verdad es, que en su pecho se levantó imperiosa  
la refulgente llama de su pasión cruel,  
al conocer el alma de su muger hermosa,  
sensible para todos, insensible para él!

De la inocente víctima placeres demandaba,

## III.

Blasco Silva de Pereyra,

es el portugués bizarro  
dueño de la hermosa Ester,  
ó mas que dueño, tirano.  
Altivo, orgulloso y fiero,  
el medio ruin olvidando  
de que se valió algun día  
para poseer su mano;  
desdeñó el rico tesoro,  
á precio tan vil comprado,  
y después de mancillarle,  
hizo el ídolo pedazos.

Herido está en su amor propio;  
que es él valiente y gallardo,  
y en cintas, randas, colores,  
apuesto como soldado.  
Y no sufre con paciencia,  
que á sus amantes halagos  
responda una tierna jóven  
cual muda estátua de mármol.  
Ruegos, quejas y amenazas,  
emplea contra ella en vano;  
que alma sin amor es piedra,  
y nada asombra á un peñasco.

Amor, aunque niño, es rey  
por su instinto soberano;  
se rinde siempre al capricho,  
jamás sucumbe al mandato;  
y aun cuando ciego le pintan,  
vé muy hondo, y vé muy clara.  
Aunque le oprima la fuerza,  
le aten del deber los lazos,  
ó le encadenen del mundo  
los convencionales pactos,  
amor es libre en su esencia;  
y altivo para mostrarlo,  
en un tierno pensamiento,  
eruzo el azul del espacio;  
y en el fuego de un suspiro  
del corazón abrasado;  
y en el brillo de una lágrima  
que asoma oculta y temblando;  
envía al ángel que adora  
mil cariñosos regalos:  
misterios que solo alcanza  
el que vive enamorado!  
Por eso al amor, con alas  
le pintan; símbolo exacto  
de que es como el viento, libre;  
y como Dios, soberano!  
¿Cómo el que al mundo gobierna,  
del mundo ha de ser esclavo?

Estos negros pensamientos,  
día y noche batallando  
del portugués en la mente,  
le tienen atormentado;  
que un presentimiento oculto  
le está, en sueños, revelando  
que en aquella hermosa jóven,  
el incendio que apagado  
para sus caricias se halla,

mas solo amargas lágrimas le brindaba el placer,  
entre los labios frios de la impassible esclava;  
para el alma de bronce, estátua, y no muger!

Juró venganza horrible de la modesta esposa  
y quiso con tormentos triunfar de su desden;  
y abrió en el castillo estancia tenebrosa,  
que al encerrar á un ángel, se transformó en Eden.

Una anciana mulata quedó por compañera  
del serafín cautivo, que alegre suspiró  
al verse solo, y libre en su prisión austera,  
de frente con el cielo, que así la abandonó!

Pobre Ester!... Sus pesares, por las horas se cuentan  
de la azarosa vida que tiene que vivir:  
su lecho y sus manjares sus lágrimas calientan;  
mas guarda una esperanza; triste es, la de morir!

quizá á otros tiernos halagos  
volverá á encenderse un día,  
volcan de amor inflamado!

Celoso está el portugués;  
yaunque en su honor no hay agravios  
se ofende de ver posibles  
sus celos imaginados;  
y se espanta al encontrar  
tal vez en su amor contrarios;  
por eso mas que la celda,  
la aprisiona ciego y bárbaro.

¡Ay! la delirante esposa  
no pudiendo afanes tantos  
al fin resistir, espera  
hallar muriendo, descanso.  
Los manjares que la brindan,  
resuelta arroja su mano  
al Guadalquivir; pues quiere  
sucumba el cuerpo estenuado.  
La anciana nada comprende,  
ni el vigilante D. Blasco;  
pero sin saber la causa,  
lo que sí adivinan ambos,  
es que Ester se vá muriendo;  
pues en su semblante pálido,  
y en los negros tristes ojos  
el brillo azaroso y lánguido,  
y su indeciso color,  
muestran que se vá apagando  
la llama interior, que alumbraba  
aquel peregrino vaso,  
que acompañó la desventura,  
y que el dolor ha quebrado.

Y al sexto día, en verdad  
llegara el tremendo plazo,  
si la voluntad del cielo  
ó la fuerza de los hados  
no marcáran otro rumbo  
á la rueda de sus años.  
Ester, al sentir del pecho  
huir la vida, sus brazos  
tendió á la reja, y sus ojos  
dejó en el cémit clavados;  
y respirando la brisa,  
y oyendo el murmullo vago  
de las olas, y sintiendo  
de la flor del valle el hálito;  
rumores que forman eco  
á su plegaria en sus labios;  
creyó perdonaba el cielo  
su crimen, por noble y santo;  
y que feliz sonreía  
á su amor su padre anciano,  
que tal vez sobre la luna  
la estaba ansioso esperando!  
El día en que iba á espirar  
de estenuación y desmayo,  
cerrábanse ya sus ojos,  
cuando el tróte de un caballo  
túró su oído, y un punto  
revivió en su cuerpo el ánima.  
Dirigió, ya moribunda  
sus miradas hácia el llano:  
era un ginete... era un jóven,  
y de la luna los rayos

reflejaban en su frente,  
como en un cristal dorado.  
Se estremeció la infeliz,  
viendo al ginete gallardo  
frente por frente á la torre,  
parar su galope largo.  
Creyó en sus ojos mirar  
la lumbre de dos relámpagos,  
y al ver tal vida en sus ojos,  
la muerte vió con espanto.  
Sin duda el galán ginete,  
no caminaba al acaso,  
y era la torre, aunque negra,  
de sus pesquisas el blanco;  
pues hizo una seña á Ester,  
que, al sentirse agonizando,  
llevó á su sedienta boca  
un vaso de agua; con ánimo  
de prolongar un instante  
su vida; para emplearlo  
en ver el designio oculto  
de aquel misterioso hidalgo.  
Volvió el ginete á advertirla  
con ademanes bien claros,  
se apartase de la reja;  
mostróla un papel y un dardo;  
prendió el billete á la flecha,  
y desprendiéndose un arco  
que sujetaba á sus hombros,  
quedó á la torre apuntando.  
Ester se abrió; la flecha  
penetró dentro del cuarto;  
se oyó el tróte del corcel,  
trepando los montes altos:  
Ester, de rodillas, trémula,  
escondiendo en su regazo  
el suave y sutil billete  
que cual delicioso bálsamo  
sobre el corazón sentía,  
prorrumpió en gritos ahogados:  
«No caiga en flor mi esperanza  
que es la primera que alcanzo;  
y es tan hermosa su lumbre  
que por gozarla me abraso!  
¡avorecedme! Yo muero,  
y ya vivir idolatros!»

(Continuará.)

G. ROMERO LARRAÑAGA.

No habiendo sido posible al hacer el ajuste dar cabida á dos láminas mas que teníamos dispuestas para este número, las publicaremos en el siguiente sin perjuicio de las que le corresponden.

MADRID 1848.

IMPRENTA DE DON BALTAZAR GONZALEZ.